DISCURSO INAUGURAL

Sr. D. Felipe González

No quisiera empezar resaltando las diferencias, que son obvias y evidentes, en cuanto a la evolución de los acontecimientos, y pondré el énfasis en algunos elementos que pueden abrir una reflexión complementaria. Desde el punto de vista histórico podríamos decir que la primera vez que Portugal y España toman una decisión voluntaria y libre de recorrer una senda común ha sido en esta etapa. Antes fueron razones del *nem bom vento, nem bom casamento*, o por razones de otra naturaleza, pero nunca había habido una decisión histórica de compartir un proyecto común. Esto tiene poco que ver con debates nominalistas de iberismos o de otra naturaleza, simplemente es un nuevo camino en la historia que abre horizontes insospechadamente enriquecedores y cuyo fruto ya podemos ver.

En los últimos 20 años el intercambio de nuestras estructuras económicas con todas sus consecuencias sociales ha sido infinitamente mayor que en cualquier otra época de la historia moderna y contemporánea en nuestros dos países. Los intercambios de España con Portugal, excluida la energía, representan un volumen mayor que los intercambios de España con toda América Latina. La relación con 400 millones de habitantes y 200 mil millones de dólares de inversión en América Latina producen menos intercambios que con los 11 millones de portugueses que son nuestros vecinos.

Comprendo que a veces estas cifras se manejan abusivamente pero son el retrato de una realidad. Todos los discursos políticos que con cierta banalización ocultan esta realidad o la distorsionan sirven para muy poco en la vida de los ciudadanos, son discursos políticos para políticos, no para la gente. Para

la gente la realidad es que los intercambios han aumentado exponencialmente hasta el punto de que pesan más para España que todos los intercambios con América Latina ¿Se puede entender esto como la síntesis de lo que ha pasado entre nuestros dos países en los últimos 20 años?

A lo largo de los últimos cuatro o cinco siglos nuestros países coinciden en una historia de frustraciones cuando pierden su potencia a nivel internacional y entran en un periodo no ya de decadencia imperial, sino de franca decadencia nacional. Quiero recordar aquí que Portugal –no ha sido el único caso– pagó un retraso en el ingreso de lo que entonces se llamaba CEE. Portugal se retrasó indebidamente: los problemas de negociación para la incorporación de Portugal a Europa estaban resueltos cuando nosotros, como diría el ex presidente Calvo Sotelo, aún teníamos algunos problemas que resolver y él lo cuantificaba: "Cuando llegó Felipe González al Gobierno el 75 ó el 78% de los paquetes de negociación estaban resueltos, lo que quedaba era apenas un 20%." Tenía toda la razón porque, como todo buen negociador sabe, los problemas difíciles siempre se dejan para el final. Por tanto, la negociación no es un problema de porcentajes porque en lo que se está de acuerdo se avanza rápidamente; ahora bien, el rabito que queda por desarrollar, que porcentualmente puede ser el 15%, eso es lo que realmente nos retrasó durante varios años y fue muy complicado hacerlo. Este retraso perjudicó indirectamente a Portugal que tenía sus problemas de integración razonablemente resueltos.

Ahora que vemos que diez países se han integrado de una vez en la UE no puedo dejar de pensar que los diez no tenían el mismo grado de preparación para entrar, que unos estaban más avanzados y otros más atrasados –como por cierto se nota ahora en el propio funcionamiento de la Unión–, pero la Unión Europea decidió hacer un paquete.

Yo creo que hubo entonces un cierto miedo a la integración de España: por un lado debido a factores fundamentalmente agroalimentarios, y por otro lado por temor a una fuga masiva de españoles a Europa buscando mejores oportunidades en la emigración. Paradójicamente, desde el año que firmamos la anexión, no sólo no había españoles que se fueran para Europa sino que había bastantes que regresaban y muchos europeos que también se venían. Por

tanto, el flujo migratorio a partir de la firma del tratado fue un flujo negativo para la Unión y positivo para nosotros. Fue un error de concepción que nos costó una revisión de los Tratados en el año 1992, porque teníamos un período excepcional para la libre circulación de trabajadores y en 1992 la excepción era una estupidez, y mantener el período excepcional otra estupidez, así que se cayó con el resto de las medidas.

Por tanto, Portugal pagó el precio relativo del retraso e incluso provocó algunas críticas, razonables, en los medios de comunicación portugueses. Pero a partir de entonces Portugal ha sido un país más abierto que España desde el punto de vista económico: España ha sido más proteccionista, y estoy hablando incluso en la época de las dictaduras, porque Portugal tenía una tradición más anglosajona, más liberal, mientras que España tuvo que transitar en un proceso mucho más intenso desde el punto de vista de la liberalización de la economía –no confundir con el neoliberalismo fundamentalista–. El proceso de liberalización económica española en relación con el exterior, de eliminación de barreras fronterizas entre el 86 y el 92, fue el más intenso de desarme arancelario de todos los países de la OCDE. En este aspecto Portugal nos llevaba una cierta ventaja. Por tanto, esa parte del proceso de adaptación fue menos dolorosa para Portugal que para España. En otras cosas no: creo que ha habido un desarrollo más exitoso por parte de España, aprovechando ambos países todas las sinergias que ofrecía Europa. España tuvo un impacto de fondos estructurales y de cohesión que negocié en la Cumbre de Edimburgo tras una fuerte discusión. Entonces era primer ministro Aníbal Cavaco Silva y también tuvimos una discusión personal con él respecto al destino de los fondos de cohesión, pero se resolvieron. Los impactos para España de aquellos fondos eran el 1% del PIB y para Portugal rondaba el 4%. Por tanto uno debería preguntarse, y es un motivo de reflexión interesante, cuánto pesó en el proceso de modernización de cambio económico de Portugal y de España la política de acompañamiento europeo de Fondos Estructurales y de Cohesión en relación con el resultado, y ello a pesar de que se me acusaba de pedigüeño.

Para España fue fundamental la transformación de la estructura económica española para adaptarse a reglas de juego mucho más avanzadas como

eran las europeas, y creo que esa transformación de estructuras ha sido más lenta en Portugal, por el ir y venir de las consecuencias de la Revolución de los Claveles en sus aspectos positivos y negativos. Pero eso merecería, como dice un amigo mío gitano, "eso sí merece una conversación."

Yo ahora me voy a centrar en algunos asuntos coincidentes con los expresados por mi amigo Mário Soares y en otros que son propios. ¿De qué nacen esas preocupaciones, esa inquietud que me produce angustia o rebeldía personal? La política, por definición, es una tarea inacabada, y el ser humano está diseñado para acabar las cosas, para plantar las lechugas y después recogerlas y volver a empezar. La angustia de la política es que uno firma el 12 de junio del 85 y le parece una obra acabada, pero no es así. Aparece un nuevo espacio infinito que hay que llenar, un nuevo desafío en un *continuum* que no se agota. Por eso la política, para aquellos apasionados de la política, provoca angustia, la angustia de la obra que no se acaba nunca, que abre nuevos espacios y nuevos desafíos. Debemos conocer el pasado porque hay una gran fragilidad de la memoria histórica en nuestros pueblos, hay que conocer ese pasado para no repetir los errores, no para complacerse o para llorar sobre el pasado sino para no repetir esos errores y para proyectarse hacia el futuro.

Refiriéndome concretamente a España podemos afirmar con claridad que el pasado de España en estos últimos veinte años o veinticinco años es la época histórica más brillante de la edad contemporánea, la más exitosa incluso desde la modernidad, desde el siglo XVII en el que comenzó la decadencia hasta ahora. Lo digo para que se tenga en cuenta sin ningún signo de complacencia. Podría añadir de broma que de esos 25 años mi responsabilidad son sólo catorce, lo demás no es mi responsabilidad. Podría ser una buena broma para apuntarse un buen tanto pero no lo es por una razón: porque la política es una obra inacabada y tenemos desafíos muy importantes.

España ha tenido un enorme desarrollo y lo sigue teniendo puesto que todavía crece la economía española el doble que la europea. Un proceso de veinticinco años, donde hemos recuperado muchas posiciones, y en el que se sigue avanzando sustancial y exitosamente, pero Europa tiene problemas y con ella España y Portugal. Hay desafíos que son a la vez, como diría el pri-

mer ministro belga –y Mário Soares recordaba–, institucionales-instrumentales. Ese es el gran valor de las grandes instituciones: sirven para resolver problemas que son perfectamente comprensibles, porque cuando una Europa de seis miembros pasa a tener doce miembros, que es lo que ocurre cuando ingresa la Península Ibérica, había un raro temor de si aportaríamos europeismo o iberismo-africanismo de esta frontera cultural y política que eran los Pirineos. Lo que hay debajo de los Pirineos ya no es Europa –decían algunos–, es otra cosa. Y sin embargo, Portugal y España aportaron una dinámica europeísta nueva que no había aportado en su momento de ingreso Grecia, más bien por su carácter orientalista o por su propia cultura. Andreas Papandreu tenía pensado someter a referéndum el ingreso de Grecia en la UE, pero nunca lo hizo ni tampoco el de la OTAN, que era otro compromiso. Siempre encontró un buen motivo para no hacerlo y me parece inteligente que no lo hiciera porque considero un disparate hacer un referéndum sobre ese tipo de cosas aunque yo lo hiciera en aquel momento.

España y Portugal hicieron una contribución decisiva a la época de la galopada Europea. Cuando Europa corrió al galope fue desde el 85 hasta el 95, época de las grandes transformaciones de Europa desde el punto de vista de la institucionalidad y de la integración monetaria. El siguiente salto a una unión puramente aduanera, que fue una integración de mercado y moneda única en una política económica común, se da en esa época de galopada europea con artífices como Jacques Delors, católico compulsivo que dimitía muchas veces porque no siempre sus iniciativas salían adelante, algo lógico teniendo en cuenta la cantidad de ellas que presentaba y que era imposible asumirlas.

Pero las proponía y se inició con el apoyo de unos cuantos esa galopada en la construcción europea que algunos hoy justifican como uno de los problemas de digestión de esa enorme cantidad de pasos que se dieron en tan corto plazo y que conducen a la parálisis de hoy. Creo que ese no es el problema de Europa. La discusión en el seno de los países de la Unión, en un proceso que ha sido de recuperación de las pulsiones nacionalistas en detrimento de las pulsiones europeístas, era cómo se repartía el poder en Europa sin haber discutido previamente qué poder queremos para que Europa sea relevante, hacia dentro, hacia sus ciudadanos, y hacia fuera, hacia el mundo.

Habría sido mucho mejor disponer de la Constitución ahora, incluso Javier Solana sería de verdad mister PESC, que lo es *de facto* porque todo el mundo entiende que es necesario un señor que lleve la política exterior y de seguridad común pero institucionalmente no está legitimado. Hay una ficción que le crea dificultades a todo el mundo, empezando naturalmente por Javier Solana.

Hubiera sido muy importante la aprobación de la Constitución, pero debo decir que los problemas de fondo, a mi juicio, no se habrían resuelto ni desde el punto de vista instrumental porque los problemas de fondo tienen que ver más con los acuerdos de Lisboa que con los problemas Constitucionales. Aunque hubiera sido deseable que se hubiera aprobado la Constitución, el problema tiene más que ver con respuestas a preguntas que son muy básicas, que hace 25 años se hizo Deng Xiao Ping y están buscando respuesta a su modo en China, que en EE.UU también se preguntan y a trancas y barrancas van dando respuestas.

Cuando hablamos de la UE estamos hablando de un poder tecnológico-económico relevante en la competencia abierta de la economía global para mantener el modelo de cohesión social que es nuestra característica civilizadora. ¿Estamos de verdad articulando a nivel europeo un poder económico y tecnológico suficiente para competir con los países con mayor valor añadido en las nuevas tecnologías como Estados Unidos, o como los que nos aprietan por costes muy bajos como China? ¿Estamos resolviendo el problema? La respuesta es no. Por eso voy a hacer una reflexión que sé que no va a servir de nada pero está bien que se haga, por lo menos en un *Ágora* como éste, sobre los acuerdos de Lisboa.

Hemos de preguntarnos cómo puede Europa ser una potencia. Una potencia pacífica y no militar, pero tampoco de plastilina, porque una cosa es el militarismo y otra la necesidad que tiene Europa de contar con unos 100.000 hombres con capacidad para ser fuerza de interposición, en el Líbano, Palestina o dónde se les requiera, al servicio de la paz, pero fuerzas militares: no hay un poder en política exterior y de seguridad si no se tiene en materia de seguridad algo que decir que no sea un discurso de buenotes profesionales o de paga-facturas de lo que otros destrozan, como en el Líbano.

¿No será mejor incidir en evitar esa guerra? Estoy describiendo, en definitiva, la pérdida de relevancia en política exterior y de seguridad de la UE que tenemos que corregir. Lo primero que ocurrió el 11-S no fue un desacuerdo sobre Afganistán, que era un Estado que protegía a Bin Laden, aunque era más bien Bin Laden quien protegía a los talibanes por esa pasión errónea de Estados Unidos de creer que los amigos de mis enemigos son mis amigos como el propio Bin Laden con respecto a los soviéticos. Pero ese es un discurso histórico donde no se produjo la división de Europa. Cuando se acaba la intervención y se derrota a los talibanes se empieza a pensar en Irak. En esa ocupación se han dado todos los argumentos del mundo y todos han fracasado: ni bombas bacteriológico-químicas, ni siquiera las que les facilitaron los propios estadounidenses para atacar a Irán, ni siquiera las nucleares. No porque Saddam no quisiera aprovechar los excedentes de inteligencia operativa en esta materia que provocó el hundimiento de la Unión Soviética y la diáspora de los científicos en paro –lo cual ha contribuido bastante seriamente a algunos casos de proliferación nuclear que conocemos y que son una de las mayores amenazas para la humanidad. Tampoco tenía nada que ver con el terrorismo internacional, cosa que no he dicho de los talibanes. Al contrario, también Bin Laden era enemigo de Sadam Hussein, que estaba al frente de una dictadura infecta pero no tenía nada que ver con los argumentos aducidos. Yo ya unos meses antes de eso decía: "Ustedes van a ganar la guerra en 15 días y van a perder la paz, la posguerra". No me complace nada decirlo, ahora estamos en una situación en la que la primera potencia del mundo no sabe cómo quedarse ni sabe cómo irse, y eso es lo peor que a uno le puede ocurrir.

Para Europa supuso la primera crisis grave de su política exterior y de seguridad por esa fractura *rumsfeldiana* que divide a Europa entre la nueva Europa y la vieja Europa: cada uno que se apunte a la que quiera. Y la vieja Europa era nada menos que Alemania y Francia, el núcleo constitutivo de la Unión Europea. Y en la nueva Europa estábamos, por distintas razones, más cerca de los deseos de los Estados Unidos. Y esa fractura no sólo no se ha superado sino que viene coleando, dificultando la segunda pregunta: ¿Queremos ser un poder económico-tecnológico relevante para los ciudadanos,

relevante para la globalización, con capacidad de añadir valor para mantener nuestro modelo de cohesión social? ¿O acaso queremos hacer un discurso de defensa del modelo sin saber cómo se financia o se paga el modelo? Me parece profundamente deshonesto mantener el discurso del modelo sin capacidad para financiarlo porque no conduce a nada.

Hay que plantearse cómo poder ser una potencia relevante, incluso en las áreas donde podemos tener influencia. En las prioridades europeas, en las que nos aprietan, que son el Mediterráneo, el Medio Oriente, nuestra frontera oriental, la relación con Iberoamérica o la dimensión africana, deberíamos tener una política exterior y de seguridad común porque la gente cree que se puede hacer una política exterior sin hacer política de seguridad y eso es una declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que puede ser perfectamente bien intencionada pero es política declarativa y no operativa, y yo quiero una Europa que opere. No nos hemos preguntado cómo se crea ese poder europeo porque hasta ahora nos hemos preguntado cómo se reparte ese poder europeo y lo verán en los porcentajes de los votos de cada uno de los países en el Consejo o en el Parlamento. Generalmente son porcentajes de decisión para ver cómo van los reglamentos europeos, que a veces nos meten en jardines innecesarios del tipo qué queso nos podemos comer y cuál no, qué agua esta homologada y cuál no.

Ahora me centro en lo que más me preocupa, donde puede haber un punto de no coincidencia con lo que decía Mário Soares y que es el problema de la *agenda de Lisboa*. Yo creo que los acuerdos de Lisboa tenían el propósito, a mi juicio absolutamente acertado, de reflexionar sobre Europa como modelo de cohesión social, de solidaridad social y de bienestar social –aunque me he resistido siempre a emplear ese último término porque parece que estamos hablando de la burocracia social cuando de lo que se trata es de la sociedad del bienestar y del bienestar de los ciudadanos–. Yo prefiero hablar de una sociedad cohesionada y de bienestar y, en ese sentido, la reflexión de Lisboa era necesaria y correcta. Respecto de quién se hizo esa reflexión: ¿respecto de Estados Unidos? Sólo después ha empezado a introducirse la competencia o la competitividad de China, que era por razones diferentes

(unas iguales y otras diferentes) a la competitividad de los Estados Unidos. ¿Cuál era la angustia europea en el 2000?

La angustia europea en el año 2000 era que Estados Unidos iba agrandando su *gap* tecnológico y por tanto de productividad por cada hora de trabajo en todo el sistema, no sólo en las nuevas tecnologías, no sólo en las llamadas *punto com*. Incluso cuando sacaron a Keynes y lo vistieron de uniforme para hacer gasto militar que después inducía gasto tecnológico. El esfuerzo militar no se queda ahí sino que después se ha difundido por todo el sistema. Hoy es tan normal tener un GPS en el coche que nadie se acuerda de que antes sólo lo tenían los soldados que estaban en el desierto iraquí en la primera guerra del Golfo.

En el desafío de los acuerdos de Lisboa se detecta la pérdida de competitividad de la economía Europea en relación con los Estados Unidos, y ahora hay que añadir la pérdida de competitividad en relación con economías emergentes tan potentes como China y la India, por decir dos ejemplos, además del sudeste asiático. Por tanto la aproximación al problema era cierta, y alguien empezó a estudiar cómo en el año 2010 Europa, que es lo que se dice en los acuerdos de Lisboa, volverá a ser la primera potencia económica tecnológica del mundo superando a Estados Unidos. Ese es el gran desafío.

En la revisión del 2005, a mitad del recorrido, la constatación es que no sólo Europa no va en el camino de la recuperación de la competitividad tecnológica frente a Estados Unidos sino que el *gap* ha aumentado. ¿Y si hubiéramos equivocado el diagnóstico? No quiero ser portador de malas noticias pero debo decir que cuando lleguemos al 2010, el *gap* tecnológico será mayor y volveremos a decir que no hicimos bien los deberes, no que hubiera errores en el diagnóstico y eso es lo que me angustia: hay que contemplar las dos posibilidades y hemos visto la reunión extraordinaria en Finlandia sobre problemas de emigración y sobre el problema de política energética de la Unión, y se ha hecho la apariencia de estar de acuerdo en la conversación con Putin, pero es sólo la apariencia de estar de acuerdo.

Estamos a kilómetros, a años luz de distancia, de tener una política energética de la Unión Europea, una de las infraestructuras básicas para el desarrollo es la energía. Es fácil ponernos de acuerdo en la integración de las redes

viarias incluso de las redes ferroviarias y estamos avanzando en la integración del espacio aéreo y en tantas cosas más. En política energética, no, y en nuevas tecnologías, tampoco, que son las más relevantes para el siglo XXI. Las razones radican en que no estamos dispuestos a dar un poder europeo a las cosas relevantes, sí a los reglamentos de los quesos, sí a los reglamentos del agua mineral, pero no a la política energética o a la política tecnológica.

Por tanto no estamos definiendo un poder europeo relevante en esas materias y el error fue empezar por comparar los sistemas educativos europeos y americanos. La conclusión es que el sistema educativo europeo en su conjunto, es mejor que el sistema americano de educación en su conjunto. Estados Unidos tiene Berkeley y Stanford, y tiene el MIT, pero todas esas universidades afectan a trescientas mil personas, que se forman en ellas, cuatrocientas mil como máximo, para un país de cuatrocientos millones de personas, el resto del sistema educativo es muy deficiente incluida toda la educación pública en Estados Unidos. Ellos mismos lo reconocen: las universidades públicas son muy deficientes, en Europa hay más calidad y más cantidad de conocimientos a nivel universitario que en Estados Unidos, en media, por tanto tenemos mejor sistema educativo en el sentido tradicional del término y ahí no está el fallo.

Luego, ¿donde está la diferencia? En Europa es muy rígido el sistema de relaciones industriales y no hay despido libre. Hay que reformar el sistema y hay que reformar la Seguridad Social para que sea sostenible, porque es muy caro y pesa mucho sobre la economía de la empresa, para competir a nivel internacional. A partir de ahí se hicieron algunos programas que apenas la gran coalición alemana empieza a abordar mínimamente y con dificultades. No quiero decir que no haya que hacer reformas en ese sentido porque hay que hacerlas, pero estamos equivocados en algunas cosas.

Antes hablé de la educación y ahora de las relaciones industriales, pero la madre del cordero no está ahí, y le he pedido a alguno de los colegas que se retrotraigan al año 2000, si quieren hacerlo hoy háganlo y vean la comparación entre Estados Unidos y Europa. ¿Cuáles eran las 30 primeras empresas de Estados Unidos en el año 80, que era el año de referencia en cuanto a la evolución y el año 2000, que era el año de la reunión en Lisboa? ¿Que había

sido de ellas en el 2000? Y cuando hablo de las 30 primeras empresas de Estados Unidos quiero recordarles que estoy hablando probablemente de las 17 ó 18 más importantes del mundo, por capitalización, por no sé cuantísimas cosas más. De esas 30 primeras empresas del 80 en el año 2000 se habían caído del *ranking* por lo menos 18, y habían aparecido otras, que ocupaban su lugar, acompañadas de los Bill Gates que fracasan en sus estudios: Menudo fracasado, que no termina su carrera pero que sí tienen iniciativas capaces de desplazar a todas las que estaban en el *ranking*, por tanto hay lo que se llama movilidad ascendente y descendente, y el sistema educativo no sólo se preocupa de trasmitir conocimientos sino de educar para la iniciativa con riesgos. Si uno va a Silicon Valley o a Berkeley a California o a Boston a pedir un trabajo con 27 años, no le preguntan qué título tiene o qué Master ha hecho, sino que lo primero que le preguntan es: ¿usted qué sabe hacer? Y cuando uno dice que sabe hacer *software* de tercera generación, le dicen: "póngase delante de la computadora y demuéstremelo, y después hablamos de sus títulos."

Por tanto entrenan para la iniciativa con riesgo, no sólo educan, entrenan, y premian las buenas iniciativas y castigan a los que se dejan llevar por la corriente. Tienen movilidad ascendente y descendente. Si usted pone en las listas las 30 primeras empresas europeas del año 80 y las comparan con las 30 primeras empresas europeas del año 2000, resulta que las 30 siguen siendo las 30. Y uno se pregunta si no había nadie espabilado que hubiera sustituido a 10 de esas empresas por otras mejores. Sí los había, pero no se les dio oportunidad, y todavía hoy nos lo pueden preguntar, en Francia o en cualquier país, quién va hacer nuevas tecnologías: *France Telecom* y *EG* de comunicaciones; en Alemania, *Deutsche Telecom*, y si es en otros campos *Siemens*.

A nadie se le ocurre pensar que va a haber alguien que lo va hacer mejor en su campo que *Siemens*, que *France Telecom* o que *Philips*. A nadie se le ocurre pensarlo, no forma parte de nuestra cultura, de nuestra cultura, corporativa, que confundimos con la cohesión social y con el Estado del bienestar. El corporativismo de intereses, político, económico, financiero, industrial y sindical. Y el problema es que nadie quiere decir que esta sociedad no es flexible, no porque no haya despido libre, que es insignificante en términos de flexibilidad, sino porquen no hay movilidad ascendente y descendente, por-

que no se premia la iniciativa brillante con riesgo, más bien se para o se frena y tienen que ser los mismos de siempre los que hagan lo de siempre y esto tiene enterrada a Italia, que lleva mucho tiempo buscando un camino para recuperar el *sorpasso* de los años 70, y tiene a Francia angustiada, y a Alemania en una gran coalición porque ninguno de los partidos hacen las pequeñas reformas que están haciendo, y que no tocan al meollo de la cuestión, porque en Alemania que están preocupados como todos nosotros por la emigración, lo único que no les preocuparía es poder contratar a unos pocos de miles de inmigrantes indios que sepan software e informática. Por cierto, Irlanda sigue produciendo hoy, con 6 millones de habitantes, más ingenieros informáticos que Alemania con 80 millones.

Lo que me preocupa es el atasco de Europa. Yo no estoy en contra de la Europa de los círculos concéntricos y me parece muy bien que haya un núcleo duro europeo que quiera avanzar, pero que se sepa claramente hacia dónde quiere avanzar y que los que no quieran avanzar tengan una vía de acceso a ese núcleo duro con flexibilidad para que se incorporen cuando quieran. El que no quiera estar en la unión monetaria, no le vamos a obligar a estar, pero los que están, tienen que saber que la unión monetaria no se llamó unión monetaria, sino que el tratado que hicimos nosotros en nuestra época se llamó Tratado de Unión Económica y Monetaria. Por tanto hemos hecho una unión monetaria pero una unión económica nos falta por hacer. Hicimos el Tratado de Maastrich con todos los inconvenientes y quedaron algunos flecos, dimos el primer paso de ciudadanía europea y ahí nos hemos quedado prácticamente en el primer paso, como si una ciudadanía común fuera incompatible con la ciudadanía de cada nación y no es incompatible. Usted tiene los derechos de ciudadanía portuguesa y tiene los de la ciudadanía europea cuando esté en cualquier lugar del mundo:¿Cuál sería la incompatibilidad o el inconveniente?

Todo esto está atascado por visiones nacionalistas torpes y, como no he sido nunca nacionalista ni periférico ni centralizador, ni de vieja bata, ni de nuevo cuño, contaré algo. El otro día vi en televisión, explicando una imagen sobre lo que significan los nacionalismos, una muy divertida referida a los hermanos Marx. Aparecen unos haciendo precipitadamente las maletas, la

cierran rápido y la mayor parte de las cosas se van quedando fuera y dentro. ¿Cómo resolver ese problema para llevarse la maleta? Cogiendo una gran tijera y recortando todo lo que sobra, de manera que cuando uno abre la maleta, ni lo que se quedó fuera, ni lo que se quedó dentro sirve para nada. Pues ese es el nacionalismo. ❖